

REENCENDER EL FUEGO EN NOSOTROS

Curso para formadores



En octubre del 2016 se realizará en Roma un curso para formadores. Será la primera vez que se reúnan para un curso de este tipo los formadores provenientes de las seis configuraciones de la Congregación. Esta vez el curso es para formadores del noviciado y de las fases de formación inicial del post-noviciado. Tenemos la intención, en un futuro, de organizar cursos para otras fases de la formación inicial y para otros formadores.

Un nuevo Pentecostés

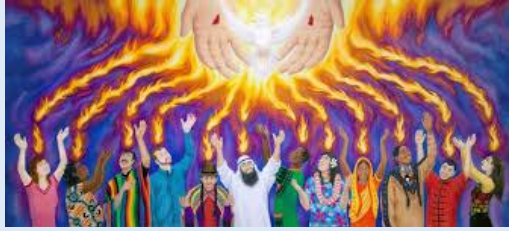
El tema del curso es "Reenciende el fuego en ti". Este tema quiere ser eco de la esperanza expresada por S. Juan XXIII cuando invocaba un nuevo Pentecostés para toda la Iglesia. El Papa soñaba con una Iglesia

apostólicamente revitalizada, misionera y sierva. También nosotros invocamos una nueva efusión del Espíritu y de sus dones carismáticos sobre nuestra pequeña comunidad de tal modo que también nosotros seamos revitalizados en nuestro apostolado y misión y nos convirtamos en verdaderos siervos de Dios y de su pueblo. Oremos con fervor para que nuestra misión en la Iglesia y en el mundo sea cada vez más fructuosa.

La Vida Religiosa Hoy

Todos saben que la vida religiosa hoy está atravesando por un periodo de reordenamiento difícil. Muchos religiosos han dicho que ya no sienten "el fuego ardiente en el corazón" que los había inspirado y motivado en sus opciones, cosa que era común a muchas generaciones de religiosos que donaban su vida con un amor generoso.

Algunos religiosos, especialmente del mundo occidental, se sienten cansados y desorientados. Los jóvenes religiosos en el "Sur Global" tienen energía y entusiasmo, pero están bien conscientes de que sus congregaciones han sido golpeadas por una baja numérica generalizada y por la incertidumbre en su futuro y en su relevancia.



Es dentro de este contexto que nos torna a la mente con mucha fuerza la imagen del “fuego”. El fuego es el símbolo del Espíritu que dona energía y llena los corazones de los creyentes para que transformen el mundo. Nuestra oración y nuestra esperanza es que el curso para formadores sea capaz de ayudar a los participantes a experimentar en sus corazones el fuego del Espíritu de Dios, que les llene de energía y de entusiasmo en su vocación y ministerio.



El fuego en las Escrituras

La imagen del fuego es familiar para todos los cristianos. Para muchos es una imagen espantosa que trae a la mente las llamas del infierno que

esperan a todos los pecadores que no se arrepienten.

La biblia, sin embargo, usa la imagen del fuego del infierno o Sheol solo una vez en Dt 32, 22.

En el Antiguo Testamento la ira de Dios muchas veces se describe como un fuego ardiente que devora a los enemigos de su pueblo (Sal 11, 6; 21, 9). Esta, sin embargo, es solo la otra cara de la medalla del gran interés que tiene Dios por el bienestar de su pueblo y de su deseo de protegerlo de todos los enemigos y de todo mal.

La metáfora mayormente eficaz sobre el “fuego” en la biblia se usa para indicar la naturaleza secreta y misteriosa de Dios. Dios es imaginado como un fuego ardiente. Se ve claramente en la experiencia vivida por Moisés en el Monte Horeb, donde Dios le habla desde la zarza ardiente. (Ex. 3, 1-2).



Es la primer gran epifanía en la que Dios revela su nombre y su naturaleza como Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Posteriormente, Moisés encontrará a Dios en el monte y Él aparecerá como una llama de fuego (Ex 19, 18; 24, 17; Dt 4, 15-33; 5, 26 etc.). La majestad y la gloria de Dios son un fuego ardiente.

En el Nuevo Testamento, Juan el Bautista confronta su bautismo con el que dará Jesús: “Yo los bautizo con agua; él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego”. (Lc 3,16).

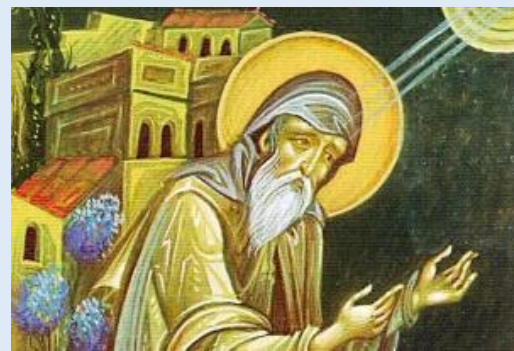


En Pentecostés el Espíritu descende sobre los discípulos y

aparece en forma de lenguas de fuego. Este fuego los transforma y los envía para incendiar al mundo con el conocimiento del amor de Cristo. Aquí nos tornan a la mente las palabras de Jesús del evangelio de Lucas: “He venido a traer fuego a la tierra y cuánto quisiera que ya estuviera encendido” (Lc 12, 49).

En los místicos.

el “fuego” es uno de los temas preferidos por los *padres del desierto* y en toda la tradición mística oriental y occidental. En los dichos de los padres del desierto se encuentra una narración interesante sobre Abba Lot.



“Abba Lot fue a visitar Abba Joseph y le dijo:

‘Abba, en lo que puedo, digo un poco del oficio divino, ayuno un poco, oro y medito, vivo en paz y, en lo que puedo, purifico mis pensamientos; ¿Qué otra cosa puedo hacer?’

Entonces el anciano Abba se puso de pie y alzó los brazos al cielo. Sus dedos se convirtieron en diez lámparas de fuego y le dijo:

“Si quisieras, puedes convertirte todo en fuego”.

Ser todo fuego significa ser consumido por el amor de Dios y transformado completamente en una viva imagen de Dios. Tener fuego en el corazón quiere decir hacer experiencia del calor del amor de Dios. Así enseña San Juan de la Cruz en *“La Llama de amor vivo”*. Éste inicia su obra comparando la intensificación del amor dentro del ánimo con la actividad del fuego y sus efectos en la leña:

“Habiendo penetrado el fuego en la leña, la transforma y la une a sí mismo, poco a poco que el fuego va creciendo se hace más caliente y continúa quemando, la leña se hace más incandescente e inflamada hasta el punto en que estalla y lanza llamas desde sí mismo” (Prólogo).

Transformada interiormente en fuego de amor, el alma se llena de una llama viva.

“Oh llama viva de amor que tiernamente hieres mi alma en su centro más profundo”.

Sin este fuego en el corazón, nuestra vida y nuestro ministerio serán faltos de atracción y de convicción para tocar los corazones y cambiarlos. Nos cansaremos y nos desgastaremos fácilmente y a los que somos enviados no quedarán “inflamados”.



Los formadores son evangelizadores que han sido enviados con la alegría del evangelio a aquellos que les han sido confiados.

Su misión es la de “soplar a las llamas” del entusiasmo que impulsa la vocación pasionista. El modo principal de hacer esto es el dejarse “inflamar” ellos mismos por el amor de Cristo y por el deseo de compartir tal amor. El carisma pasionista no es algo que se pueda enseñar, sino que es algo que se toma de aquellos que lo viven con alegría y entusiasmo.

Nuestra esperanza es que los formadores se llenen del fuego abrazador del amor de Dios que ha sido infundido en ellos por el Espíritu Santo y que

comuniquen tal amor y entusiasmo a los que les han sido confiados.

La congregación tiene necesidad de formadores que estén inflamados de entusiasmo por S. Pablo de la Cruz y su misión, por el deseo de dar a conocer a todos el amor de Dios revelado en la pasión de Jesús.



Junto con toda la Iglesia, la congregación está experimentando hoy los desafíos de un mundo que se está haciendo menos religioso y más indiferente a las cosas del espíritu.

Debemos encontrar nuevos modos para reforzar a los creyentes, para llegar a los que se han alejado y, en general, para presentar una visión atrayente de la vida cristiana.

UN NUEVO FUTURO



Ya no estamos formando a las personas para que continúen la Vida pasionista así como ha sido siempre o para que mantengan las estructuras existentes.

Hay necesidad de hombres que tengan visión y creatividad para tomar al carisma de la pasión y hacerlo fuente de vida nueva para sí mismos y para el pueblo de Dios dentro de las nuevas y provocadoras circunstancias de hoy.





No obstante, todos los cambios en la sociedad y en la Iglesia, la gente sigue sufriendo todavía, la gente sigue buscando todavía el amor y la reconciliación, todavía tiene necesidad de sentirse valorada y aceptada.

El evangelio de la pasión puede tocar y sanar la vida humana. La sabiduría de la cruz puede iluminar los desafíos de nuestra existencia y mostrar por qué vía proceder.

En este año de la misericordia la cruz de Cristo es la fuente de la misericordia de Dios para todos.